

EL TIEMPO DE LOS OTROS

Entrevistas para entender la perspectiva china

DIEGO GARCÍA



García, Diego

El tiempo de los otros : pensar China desde las humanidades
/ Diego García. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
: Eudeba, 2026.

312 p. ; 21 x 14 cm. - (Lectores)

ISBN 978-950-23-3608-4

1. China. 2. Literatura. 3. Historia. I. Título.
CDD 895.1



Eudeba
Universidad de Buenos Aires

1ª edición: febrero de 2026

© 2026, Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4383-8025
www.eudeba.com.ar

© 2026, Mil Gotas

Diseño de tapa: *Cecilia Aranda*
Composición y armado: Eudeba

Impreso en Argentina.
Hecho el depósito que establece la ley 11.723



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

ÍNDICE

Prólogo: Fronteras en la historia	9
Atrapada en la marea - <i>Pablo Blitstein</i>	17
La gran transformación - <i>Oswaldo Cortesi</i>	43
Historia sin centro - <i>Ignacio Villagrán</i>	59
La era del Pacífico - <i>Mariano Bonialian</i>	87
Recuerdos imaginados - <i>Axel Gasquet</i>	109
Si hay otra filosofía - <i>María Elena Díaz</i>	139
Budismo y ateísmo - <i>Maya Alvisa Barroso</i>	157
Revolución y narración - <i>Lelia Gándara</i>	181
Muchas lenguas, una escritura - <i>Florencia Sartori</i>	207
La voz del pueblo - <i>Cristina Reigadas</i>	227
La periferia china - <i>Fernando Pedrosa</i>	257
Chinos, taiwaneses y argenochinos - <i>Luciana Denardi</i>	275
Sinofuturismo - <i>Salvador Marinaro</i>	293

PRÓLOGO

FRONTERAS EN LA HISTORIA

I. El tiempo que ya no es

Que hay una frontera que delimita un territorio llamado Europa es una convicción que fue ganando fieles desde el siglo XV. Una consecuencia de la avasallante oleada expansionista que en los últimos seis siglos desplegaron los pueblos que hoy, hablando rápido, llamamos europeos. Desde entonces, portugueses, andaluces, castellanos, vascos, galos, francos, flamencos, britones, galeses, escoceses, irlandeses, prusianos, bávaros exploraron el mundo en busca de mercados y materias primas, identificaron rutas y dibujaron mapas. Describieron accidentes geográficos, flora y fauna de todo el planeta. Tradujeron lenguas, reseñaron formas de organización y explicaron ritos. Diseminaron e incorporaron ganados y cultivos. Entendieron y adaptaron cultos. A lo largo de esos siglos, creció la pregunta sobre si estos desarrollos eran fruto de una unidad espiritual compartida. La idea terminó de coagular hacia el siglo XIX, cuando geógrafos, historiadores, filósofos, etnólogos buscaron responder ese interrogante definiendo la unidad de Europa como región, como cultura y como momento en la historia.

Pero, aun si la unidad de Europa fuese poco más que una hipótesis de trabajo, sería útil preguntar cuáles fueron las condiciones de posibilidad de la avalancha caucásica que se desató a partir de 1492. ¿Cuándo empezó a gestarse? ¿Por qué causas? ¿Qué condiciones permitieron que se volviese un liderazgo planetario? ¿Y qué relación guarda con las novedades en la vida de esas gentes: la conquista otomana de

Constantinopla, el Renacimiento, la Reforma protestante, la Revolución gloriosa o la Revolución francesa. En síntesis, ¿por qué, en los cinco siglos posteriores a 1492, fueron los habitantes de Europa y, en particular, de Europa del norte quienes, entre todos los habitantes del planeta, sacaron más provecho de los conocimientos y modos de organización disponibles en ese tiempo?

Sabemos que, a partir del siglo XVIII, las mejoras en el uso de fuentes de energía, en la capacidad de las máquinas, en la logística comercial y en la organización de la producción permitieron la acumulación de factores de producción en una escala sin precedentes, y que eso dio inicio a la era de la acumulación de capital. Sabemos que esa nueva economía del capital trajo novedades sociales como el crecimiento de las ciudades y la expansión del proletariado y de la burguesía comerciante y manufacturera. Y sabemos que esas transformaciones sociales de máximo calibre encontraron expresión política en el auge de los Estados centralizados, en el parlamentarismo inglés, en el republicanismo revolucionario francés y, más tarde, en los partidos políticos de masas. La era del carbón y del petróleo; del comercio marítimo, la industria y el capital; de la república y la democracia; fue la era de los europeos. No tanto por haber sido inventores o pioneros de estas novedades como por haber terminado siendo los principales beneficiarios de la distribución global del trabajo que trajo esos cambios.

Sin embargo, en las últimas cinco décadas algo se modificó. Los grandes avances de la tecnología y la organización económica empezaron a llegar desde el este de Asia. Por lo menos, desde mediados de la década de 1970 registramos lo que los economistas bautizaron como “el auge asiático” o, los más expresivos, “el milagro asiático”. Una cascada de crecimiento económico que comenzó con la reconstrucción de Japón después de la Segunda Guerra Mundial; siguió con el desarrollo de las economías de Corea, Taiwán, Singapur y Hong Kong, que aprovecharon el contexto de la Guerra Fría; se instaló en las costas chinas durante la década del 1980; y ya desde hace tres décadas derrama sobre las economías de India, Vietnam, Malasia, Indonesia y Bangladesh.

Entre todas estas novedades: la transformación de China, que no es el inicio ni la conclusión de este auge, pero sí su novedad más relevante y significativa. Más relevante porque la demanda de la economía china terminó volviéndose el motor de toda la economía mundial. Más significativa porque el desarrollo productivo chino está reorganizando la distribución internacional del conocimiento. Hoy China es el principal socio comercial del mundo con más de doscientos socios a los que exporta y de los que importa, según datos del Banco Mundial. Su PBI es prácticamente igual al de toda la Unión Europea, según el Fondo Monetario Internacional. Y la mayoría de los pronósticos –incluyendo, por ejemplo, el del Citibank– esperan que, promediando la década de 2030, el PBI chino sea mayor que el de Estados Unidos. En los últimos cinco años, casi la mitad de las patentes de nuevos inventos fueron solicitadas desde China, según la Organización Internacional de Propiedad Intelectual. China hace punta en energías verdes, transporte, infraestructura, vigilancia e inteligencia artificial. Acaso, por primera vez en doscientos años, lo más avanzado tecnológicamente, lo más productivo, lo que genera más riqueza no provenga del Atlántico norte, sino de Asia y, específicamente, de China. Si esta tendencia se consolida, ganará espacio una pregunta: ¿estamos en la puerta de un cambio de escala epocal: del tiempo de los europeos al tiempo de los chinos?

II. ¿Estamos preparados?

En un bidón de plástico o en las aplicaciones de inteligencia artificial; en un puerto, un campo de paneles solares o en una mina; en el precio de las monedas, de los derivados financieros o de los *commodities*; en productos y servicios de todas las calidades, se siente el pulso del desarrollo chino. Por su protagonismo descollante en el escenario internacional, por sus inversiones en todos los continentes, por la presencia de sus manufacturas en las operaciones más cotidianas, China toca –no es una exageración– la vida de todas las personas del planeta.

Esta presencia todavía es una novedad para muchísimas personas en todo el mundo. Y en los países de América Latina esta novedad es un desafío de conocimiento. En esta parte del mundo, las clases de historia, de geografía o de idioma ayudan a sacar el máximo provecho de la región atlántica, donde, sin embargo, hoy las oportunidades son más escasas y la innovación ya no tiene el impulso que tenía cincuenta, cien o ciento cincuenta años atrás.

¿Qué persona que se haya educado en América Latina no puede nombrar tres ciudades de Estados Unidos o tres capitales europeas? Seguramente habrá visto incontables películas de Hollywood, habrá escuchado más de una decena de bandas musicales de habla inglesa y hasta pueda mencionar algún equipo de fútbol europeo. Seguramente sepa cuándo los europeos llegaron a América y es alta la probabilidad de que logre identificar el retrato de, al menos, un líder político europeo de los últimos dos siglos.

Y, sin embargo, ¿cuántos latinoamericanos pueden ubicar a Beijing o Shanghai en el mapa? ¿Cuántos saben que Shenzhen es la capital de la industria tecnológica china, es decir, de la industria tecnológica mundial, o que el alcalde de Chongqing gobierna un distrito de cuarenta millones de personas? ¿Cuántos pueden nombrar un líder histórico chino, además de Mao Zedong? ¿Saben el nombre de una provincia china, de un río, de una montaña? ¿Pueden imaginar una esquina de Shanghai para representar una escena romántica de una película? ¿O identificar un edificio en el que se tomen decisiones políticas? ¿Mencionar una red social popular en China? Nos faltan imágenes chinas a quienes crecimos pensando que lo más importante del mundo pasaba entre Moscú y Washington por vía atlántica. El mundo actual va de Seúl a San Francisco, llega por el este y por el oeste, y todo parece indicar que en el centro está China.

III. Superposición de miradas

Los profesores que dan vida a este libro son especialistas que miran China y Asia desde las humanidades y las ciencias sociales; están formados en historia, filosofía, lingüística, literatura, ciencia política, economía y antropología. Nacieron, trabajan o se formaron en Argentina, tienen conocimiento de China de primera mano y participan de discusiones globales. Son depositarios del vocabulario español y de otros idiomas indoeuropeos; conocen desde niños ideas de trascendencia, cuerpo y origen que llegan desde las religiones monoteístas del Libro; su formación intelectual se alimentó del canon filosófico que busca su origen en la Grecia antigua. Con esas tradiciones a cuestas descubrieron China y siguen estudiándola.

Sus investigaciones cubren un espectro amplio de temas: la tradición intelectual china y la historia de su literatura, el impacto que tuvo en China la expansión europea, las raíces antiguas del orden político chino, las relaciones entre la América colonial y la China imperial, la renovación de las teorías poscoloniales a la luz del auge asiático, las discusiones contemporáneas sobre democracia y desarrollo, los procesos de democratización en Asia y los debates sobre la democracia en China, las migraciones chinas en Argentina y sus efectos y desafíos lingüísticos. Las entrevistas que aparecen en este libro ayudan a modular una agenda relevante para Argentina y los países de América Latina.

Más específicamente, Pablo Blitstein discute las ideas de modernidad y la forma Estado nación a la luz de la experiencia china de los siglos XIX y XX, cuando Europa se volvía la locomotora de la economía mundial y China entraba en un largo declive. Osvaldo Cortesi describe el renacimiento económico de China posterior a la década de 1980 y discute su relación con las reformas de otras economías dentro y fuera de Asia. Ignacio Villagrán considera la idea de historia universal desde el ángulo chino y ayuda a pensar qué lugar tiene la historia de China en esa narrativa. Mariano Bonalian revisa las hipótesis historiográficas que olvidan el peso del Pacífico en el desarrollo de América, explicando las conexiones entre la América

colonial y la China imperial. Axel Gasquet encuentra el rastro de antiguas narrativas sobre Asia en los discursos sobre la China contemporánea. María Elena Díaz analiza si cabe o no el nombre “filosofía” para la tradición intelectual que creció en China. Maya Alvisa Barroso explica la fuerza del budismo como sustrato fundamental de la región. Lelia Gándara repasa discusiones sobre vanguardia, propaganda y cultura oficial en la literatura china del siglo XX. Florencia Sartori esquematiza diferencias entre los idiomas chino y español en el marco de diferencias entre las familias indoeuropea y sinotibetana. Cristina Reigadas describe los mecanismos de participación y consulta en China y piensa la crisis de las democracias desde la experiencia de gobierno de la China contemporánea. Fernando Pedrosa ayuda a entender cómo los vecinos en el Sudeste Asiático perciben a China, mostrando, a la vez, cómo lo indio y lo chino se cruzan en esa región. Luciana Denardi describe las migraciones de chinos a la Argentina y reflexiona sobre qué efectos tienen en los imaginarios y vínculos con China. Finalmente, Salvador Marinaro desbroza el concepto de sinofuturismo para pensar cómo se imagina el futuro del tiempo chino. Vasta y meticulosa; superpoblada y desértica; tradicional y futurista; de cara al mar, a los pies de los Himalayas y conectada por desiertos; conocida desde el este y desde el oeste; este libro habla de China con método cubista.

IV. El desgarró interior

Pero ¿dónde empieza China y dónde termina? Es difícil calibrar qué es lo mismo y qué es lo diferente de la experiencia china. Porque pensar al otro con más detalle lleva a pensarse uno mismo con más detalle. Y si en el camino la imagen del otro se revela un poco ficcional, también empezamos a sentir que los contornos de nuestra propia identidad se vuelven difusos. El carácter mestizo y contingente de toda identidad y de todo fenómeno se revela.

En este sentido, estudiar China desemboca en una arqueología involuntaria de uno mismo. Pensar los fundamentos de

la diferencia china enseña sobre las raíces de nuestra manera de ver. Estudiando la historia de China descubrimos a qué partes del pasado renunciamos, enfrascados –todavía y a pesar de todo– en una mirada decimonónica. El pensamiento chino nos muestra cuán profunda es nuestra pertenencia a las tradiciones helénica, latina y a las del Libro. Estudiar la modernidad en China ayuda a precisar nuestro lugar en ese movimiento, que no fue el mismo para la pampa húmeda que para la costa limeña, para el desierto de Sonora que para la cuenca del río Orinoco, para el altiplano boliviano que para las islas del mar Caribe. Estudiar la geografía china nos permite mirar nuestros bordes desde afuera, revisar nuestra relación con el Pacífico y reconocer que la frontera entre Europa y Asia es incierta. Conocer las tradiciones chinas recuerda que el “folklore” es una invención, en el clima del romanticismo alemán del siglo XIX, para darle sobrevida en el mundo urbano moderno a viejas tradiciones rurales. Atravesando estas reflexiones, queda a la vista que la idea de América se interpreta en constelación con otras ideas: las de Europa, Oriente, modernidad, clasicismo, tradición.

Pensar China impulsa un triple giro copernicano en el punto de vista: desde donde miramos el mundo, desde donde miramos la historia y en la tarea de pensar –usando la expresión de Martin Heidegger–. Un giro en la manera de ver el mundo, porque un efecto ineludible del estudio de China es una cierta reorganización de la ubicación que les damos a los centros y a las periferias, la influencia de una potencia no se siente igual entre sus vecinos que en las antípodas. Un giro en la manera de ver la historia, porque el auge chino revela el carácter circunstancial del momento europeo en la historia de la humanidad, que también habrá de cerrarse como en algún momento se cerró el momento árabe y, antes, el momento maya o el momento egipcio. Por último, un giro copernicano en la tarea del pensar que exige recalibrar el rol de la originalidad y de la crítica para no equivocar la interpretación de un cierto énfasis político y práctico que distingue a la tradición intelectual china, y que es diferente del tono metafísico y especulativo que caracteriza a las filosofías de Europa o India.

Hacer este ejercicio reflexivo es exigente porque compromete valores que fundamentan nuestras identidades y búsquedas íntimas. Libertad, solidaridad, propiedad, comunidad, nación, originalidad o crítica encuentran, en China, posiciones relativas y modulaciones diferentes que en América y Europa. Por esto, es imposible acercarse a China sin sentir algún grado de desgarramiento en el tejido que nos sostiene. Una herida profunda que, paradójicamente, revitaliza discusiones e identidades. No hay que sorprenderse: si pensar al otro es pensarse a uno mismo, el tiempo de China también es el nuestro.

V. Los agradecimientos

Esta obra es el resultado de años de investigación y exploración que cuentan con el estímulo constante de Agustina, la profesora Agustina Ramón Michel, que apoya esta búsqueda desde su inicio con paciencia, discusiones y de mil maneras más. También es el resultado del diálogo constante con Guillermo Bravo, socio en la editorial Mil Gotas, con quien compartimos la misión de acercar imágenes y conocimiento sobre China al público hispanoparlante, y cuya confianza y cuyo respaldo fueron vitales para estas investigaciones. El apoyo e interés de Eudeba y de su director Gonzalo Alvarez permitieron que estas discusiones académicas llegaran a más personas, siguiendo la mejor tradición de la editorial señora de las universidades argentinas. A los estudiantes, que mantienen mis ideas a prueba y en permanente refinamiento. Finalmente, les agradezco a las profesoras y a los profesores que participaron de estos diálogos, quienes, desde mucho tiempo antes de las entrevistas y también después, me ayudan a pensar este valiente mundo nuevo.

ATRAPADA EN LA MAREA

Pablo Blitstein

Historiador de la China medieval, Blitstein entrenó la mirada para la larga duración. La geografía y los lapsos que investiga lo llevan a pensar la historia más allá de los marcos nacionales, porque en la trayectoria de China, la forma Estado nación es solo una parada. Esta manera de mirar despierta preguntas: ¿Qué tipo de entidad es China? ¿Qué rol ocupa la modernidad en la historia china? ¿Y qué rol ocupa China en la historia de la modernidad? Civilización, tradición, cultura, idioma, economía, Estado.

¿En qué aspectos podemos decir que la China contemporánea es más moderna que la China de la experiencia comunista entre 1949 y 1979?

Permítame empezar así: no creo que uno pueda hablar de más y menos modernidad, como si el grado de modernidad pudiera medirse. Está claro que la experiencia que tiene hoy el conjunto de la humanidad no es la misma que hace cien, doscientos, trescientos años. Y también es claro que los cambios que hubo en el mundo en los últimos dos o tres siglos fueron mucho más bruscos que los cambios registrados en los diez siglos anteriores. Creo que esto es constatable. Pero al mismo tiempo, no creo que sirva definir la modernidad como una lista de atributos que se tienen o no se tienen, ni siquiera que se tienen en mayor o menor medida. Más bien, pienso

el concepto de “modernidad” como un concepto provisorio, cuyo sentido nos es muy difícil de precisar, en tanto y en cuanto la modernidad ocurre frente a nuestros ojos. Estamos sumergidos en la modernidad, por decirlo de alguna manera.

Pensemos, por ejemplo, en el caso de la economía intensiva en capital, el capitalismo, una característica tradicionalmente asociada a la idea de modernidad. Según una visión tradicional, el lugar donde se desarrolló el capitalismo fue más moderno que donde no se desarrolló o donde se desarrolló más tardíamente. Pero veamos el ejemplo de la industria de la sal en China. La extracción, refinamiento y comercio de la sal están presentes en China de una manera que podría llamar industrial o protoindustrial desde hace siglos, incluso milenios. La producción y el comercio estaban organizados; la sal refinada se puede distribuir en muchos lugares; se acumula como capital; había discusiones sobre la naturaleza de esa propiedad, si absoluta o de utilidad social –por decir así– y sobre cómo gravarla. Todo esto toma una forma madura en los últimos siglos del imperio, antes de su caída en 1912. ¿Se desarrollaron instituciones de tipo capitalista en la China imperial? Sí. ¿Eso llevó a los chinos en un camino similar a los ingleses? No. Por coyunturas y contingencias, diferentes en China que en Inglaterra, en un lugar se desarrollan unas instituciones y formas económicas; en otro, otras.

También podemos pensar en el caso de las ciudades y el Estado. Jacob Burckhardt, el historiador suizo del siglo XIX, afirmaba que la ciudad-Estado de la Italia renacentista fue una forma clave del desarrollo de la modernidad en sus dimensiones cultural y política. Y sin embargo, cuando él escribía, se expandía en el mundo la forma “Estado nación”, que hoy parece ser el gran producto político de la época moderna –es decir, grandes extensiones territoriales bajo el imperio de un Estado centralizado–. Esta forma política es mucho más próxima a lo que existe en China desde hace dos mil años que a lo que existía en Europa del sur en el siglo XVI. ¿Dónde hay más “modernidad”, entonces?

O pensemos, si no, en el caso de la imprenta, también presentado muchas veces como un antecedente fundamental

HISTORIA SIN CENTRO

Ignacio Villagrán

Las investigaciones de Villagrán se enfocan en la China imperial temprana para pensar las raíces de la organización centralizada china. También estudia las tradiciones historiográficas chinas y las formas en las que la historia es registrada en las tradiciones letradas chinas. En el centro de sus investigaciones, corre una reflexión sobre la relación entre pensamiento político y organización administrativa en China.

En la Argentina, un curso de historia de secundaria empieza contando el desarrollo de los pueblos antiguos de la Mesopotamia y de ahí sigue camino por Egipto y Grecia. ¿Dónde empieza la historia china?

En China, ese relato empieza en sus mitos de la antigüedad, que son enseñados en las escuelas como el punto de partida de la civilización china. En las escuelas primarias se enseña sobre el mítico emperador amarillo, sobre los reyes sabios de la antigüedad Yao, Shun y Yu, y sus contribuciones a la cultura de China, y se promueve la idea de China como una civilización de desarrollo ininterrumpido desde la antigüedad hasta nuestros días. Para esto, se incorporan los registros arqueológicos que dan cuenta de los distintos momentos del desarrollo en China. Durante la escuela secundaria, se profundizan algunos conocimientos acerca de las interacciones

entre China y los Estados de sus periferias, llegando hasta los encuentros más conflictivos con las potencias europeas durante el siglo XIX. Los procesos históricos de otras civilizaciones de la antigüedad se ven de manera más superficial y fragmentaria en los libros de texto del secundario en China.

¿Un origen puramente chino, sin conexiones con lo que pasaba en otros lugares?

Así es. Un origen sin conexión con la idea del inicio de la humanidad en África, o con el poblamiento de Europa. Una línea recta que presenta la historia china como algo unívoco, con un núcleo original que se desarrolla desde los emperadores míticos, a los estados preimperiales, luego las dinastías imperiales hasta el inicio del siglo XX, y finalmente la “Nueva China”, que es la China desde 1949 hasta hoy. Tradicionalmente, la historia china fue pensada como una civilización que se desplegó desde un único núcleo: la llanura central del río Amarillo, en el norte del país, como cuna de la civilización china. El término *Zhongguo*, que se lee hoy en día como “China”, antiguamente podía querer decir “los estados de la llanura central”.

¿Es la hipótesis que afirma que China se desarrolló a partir de lo que se conoce como China propiamente dicha, o China interior?

Efectivamente. Sin embargo, hoy sabemos que ese desarrollo al norte del territorio chino en la cuenca del río Amarillo es contemporáneo con otro en el sur del territorio, al sur del río Yangtze, el otro gran río chino. Y que esos dos núcleos no se desarrollaron por separado, sino conectados por intercambios. Por ejemplo, se sabe que gran parte de la metalurgia ceremonial de Zhou, al norte, está hecha con aleaciones de minerales que se extrajeron de los depósitos del sur, de lo que se deduce que ambos grupos se conocían y realizaban intercambios con cierta frecuencia. Datos como estos cambiaron la manera de pensar la historia china y ya hace, por lo menos,

LA ERA DEL PACÍFICO

Mariano Bonalian

Historiador de la América colonial, Bonalian estudia las relaciones entre Asia y América entre los siglos XVI y XIX. Poniendo el océano Pacífico en el centro de sus investigaciones, renueva perspectivas en la historiografía colonial. Expone las conexiones entre el Pacífico y el Atlántico, rescata la relevancia del Pacífico en la economía de América y Europa y saca a la luz conexiones comerciales y migratorias menos atendidas por las narrativas que tienen al océano Atlántico en el centro.

Sus trabajos muestran cuán prolífica fue la ruta comercial que va desde China hasta España, pasando por los puertos mexicanos de Veracruz y Acapulco. ¿Podría resumir qué se comerciaba en esa ruta y cómo funcionaba?

El punto de partida para analizar esta ruta es tener presente que el mundo de finales del siglo XVI es un mundo globalizado, con varios polos de desarrollo económico, entre ellos, las regiones más productivas de Europa y de China. En este contexto, las colonias españolas en América se relacionan con China y Asia, vía océano Pacífico, y con el Reino de España y el resto de Europa, vía océano Atlántico. En este escenario, el virreinato de Nueva España, el actual México es, literalmente, el puente mediador entre estos dos mundos. Por un lado, entonces, existió un mundo Pacífico, que conecta el

puerto de Acapulco con Manila en las Islas Filipinas, y desde las Filipinas se conecta con Cantón, en China, con los viajes del galeón de Manila. Por otro lado, un mundo Atlántico que une Veracruz con Sevilla-Cádiz y con Europa, por medio de la flota de Veracruz. El virreinato de Nueva España es el punto de apoyo de este circuito del comercio internacional. En ambos puntos costeros mexicanos confluyen los flujos interoceánicos, que son, quizá, los que mayor repercusión generan en el escenario mercantil hispanoamericano. A pesar de las regulaciones legales y los permisos estipulados, estos circuitos que promueven el ingreso a México de mercadería extranjera –castellana, europea y asiática– funcionan con notable dinámica y asiduidad, hasta el punto de lograr comercializar mercadería “fuera de registro”, salteando las instancias de control aduanero. En términos más precisos, si bien son conductos autorizados por España, sus cargamentos superan los topes dictados por los reglamentos comerciales.

Ahora bien, lo menos explorado –y donde enfoco mis investigaciones– es lo que ocurre en el eje vertical del mapa americano: la conexión entre el virreinato de Nueva España y el virreinato del Perú, entre el puerto de Acapulco y el puerto del Callao, en Lima, el puerto oficial del virreinato. La trascendencia que tiene este eje vertical latinoamericano en la economía internacional no está bien estimada porque solamente se ha atendido el tráfico oficial de Perú con España a través del galeón de Portobelo, que unía a España con Centroamérica, y la Armada del Sur, que conectaba al propio Callao con Panamá. Pero la conexión Callao y Acapulco fue un circuito ilegal en gran parte del período colonial, plagado de fraudes y tráfico fuera de los controles. En la ruta Acapulco-El Callao se encuentran muchos de los compradores que están interesados en los excesos de aquellas importaciones mexicanas que superan los niveles ordenados por la legislación española. Los mexicanos acuerdan con los centroamericanos y peruanos el envío de estos productos por el Pacífico a cambio de productos locales y plata.

Me explico. La Corona española controla las importaciones americanas con el objetivo de controlar la circulación de